
Entretextos - Artículos/Articles/Akūjialu'u

Revista de Estudios Interculturales desde Latinoamérica y el Caribe

Facultad Ciencias de la Educación. Universidad de La Guajira. Colombia

ISSN: 0123-9333 / e-ISSN 2805-6159, Año: 19 N.º 38 (septiembre-diciembre), 2025, pp. 103-116

Para citar utilice este ARK: <https://n2t.net/ark:/47886/16790814>

Este trabajo fue depositado en Zenodo: DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.16790814>

Licencia CC BY NC ND 4.0 / Derechos de autor: autores /Derechos de publicación: revista

Recibido: 17-05-2025 · Aceptado: 20-07-2025

Tras las huellas del saber: la travesía de un maestro transformador

Following in the footsteps of knowledge: the journey of a transformative teacher

Juichikanainru'u atūjala: Nūpūnalu'u wanee ekirajūi amuloujui kasa

Angela Elena Molina Acosta

<https://orcid.org/0009-0000-9646-4990>

amolina@uniguajira.edu.co

Universidad de La Guajira, Colombia

Sergio Nicolas Molina Acosta

<https://orcid.org/0009-0003-5146-3275>

nicomol97@gmail.com

Asesor pedagógico, Fusagasugá, Colombia

Resumen

El propósito es reconstruir la trayectoria vital y profesional de Luis Eduardo Molina Villalba, un maestro rural colombiano cuya vida representa el paradigma del educador transformador en contextos de exclusión. Desde el método etnográfico, la entrevista semiestructurada y los conversatorios, la investigación permitió identificar su identidad y vocación hacia una pedagogía incluyente, liberadora, innovadora y transformadora que facilitó los aprendizajes de los estudiantes. El relato destaca los hitos más significativos de su vida profesional: su paso por escuelas multigrado, sus prácticas pedagógicas, su formación universitaria, su desplazamiento forzado por la violencia y su contribución al desarrollo comunitario. A través de anécdotas vividas y contextos históricos precisos, se evidencia cómo su labor trascendió el aula e incluyó la formación ética, deportiva y emocional de sus estudiantes. Este insigne personaje personifica la figura del maestro que no cesa de aprender; se formó en áreas como sistemas, inglés y educación ambiental; fue así como hizo partícipes de sus conocimientos a generaciones de estudiantes rurales y también urbanos. La importancia de su legado radica en ofrecer una perspectiva pedagógica y formas de enseñar en un contexto marginado como ha sido la zona rural. Su historia se constituye en un homenaje a las Escuelas Normales como cuna de formación de maestros en Colombia, y a los educadores que, como él, han tejido nación desde la periferia.

Palabras clave: Colombia rural, compromiso pedagógico, educación popular, Escuelas normales, identidad profesional, maestro rural, resiliencia docente.

Abstract

The purpose of this study is to reconstruct the life and professional trajectory of Luis Eduardo Molina Villalba, a Colombian rural teacher whose life represents the paradigm of the transformative educator in contexts of exclusion. Using ethnographic methods, semi-structured interviews, and discussion groups, the research allowed us to identify his identity and vocation toward an inclusive, liberating, innovative, and transformative pedagogy that facilitated student learning. The story highlights the most significant milestones of his professional life, including his time in multi-grade schools, his teaching practices, his university education, his forced displacement due to violence, and his contributions to community development. Through personal anecdotes and precise historical context, it is evident that his work transcended the classroom, encompassing the ethical, athletic, and emotional development of his students. This distinguished figure embodies the teacher who never stops learning; he was trained in areas such as systems, English, and environmental education. This is how he shared his knowledge with generations of students, both rural and urban. The importance of his legacy lies in offering a pedagogical perspective and ways of teaching in marginalized contexts, such as rural areas. His story serves as a tribute to the Normal Schools as the cradle of teacher training in Colombia, and to the educators who, like him, have helped forge a nation from its periphery.

Keywords: Rural Colombia, pedagogical commitment, popular education, teacher training colleges, professional identity, rural teacher, teacher resilience.

Palitpüchiru'u

Achejaanaka achiki jia o'ulaka akumajaa nütütüin Luis Eduardo Molina Villalba, wanee kolompiana ekirajüi oumainpa'a, e'iyalaka nakua'ipa ekirajülii amuloujülii kasa noumainpa'a na nnojoliikana achuntaanüin. Jüsalanainjee jukua'ipa a'yataayapulee achikua, asakiraa piamakua'ipalü jee ayounajawaa, achejaalaaka ayutsü ayaawataa jaraliin na erajünakaa jee tü kamalainka namüin jünainmüin wanee ekirajia apashiijeesü, kojutalaayasü, ka'alainsü jee kamuloujiasü kasa, aapaka atüjalaa namüin na ekirajaashiikana. Aküjalaaka e'iyatsü kasa anasü jüchikua nütütüin: julü'upünaa ekirajia kojuyenka a'yataaya eepünaale nülätüin, nikirajipala, nütüjala mulousulu'u, nujuitianain jashieechiki natuma koumaaralii jee jünala jüpüla anaate'era eemüinre nüntüin. Jünainjee jüküjalaa nukua'ipa jee achikua pansaastikat, eraajünüsü juyuralaain nü'yataayapala yalattata juulia ekirajiapüleekat, eere ju'ullaküin jikirajia wayuwaa, ashaliraa jee anaa aa'in namüin na nikirajüinkana. Ekirajüikai chií, niashaata naa'inpala wanee ekirajüi makulajaalasai jünain aka'amüinjaa nütüjain, ekirajaashi jünain jukua'ipa kachuweera, nanüiki na mushuukana jee jukua'ipa tü eeka mmapa'a; müstüjase apashiin nütüjala namüin wayuu nüchikijeejanaka eekana nepiapa'a alijuna jee kusina. Ja'anasia nüpaala jia ja'ujee jikirajia julü'u wanee oumanii nnojotsü jamajatuiin, maka jaa'in epiapa'a wuna'pajatlalüirua. Müstüjase nüchiua e'iyale'ennüin julü'upüna Nekirajiapüleee Ekirajülii, nekii na ekirajüliikana julü'u Kolompia, jee namüin ekirajülii maka naa'inpala, akumajaka yalayalaa aa'in jaalima'a mma mulousikat julü'u wanee oumanii wuna'apalu'usu.

Püchi katsüinsükat: Kolompia wuna'apü, juchuntaala ekirajawaa, ekirajia, nekirajia ekirajiapüleee, nekii aakajetchii karalouta, ekirajülii wuna'apuinjama, ekirajulii makulajaalashii

Introducción

La historia de los maestros rurales en Colombia está tejida de silencios, sacrificios y dignidad. En medio de geografías agrestes, conflictos armados, escasez de recursos y abandono estatal, miles de docentes han desempeñado labores silenciosas; que han sido esenciales en la formación de generaciones enteras. Este artículo recoge la historia de vida de uno de ellos: Luis Eduardo Molina Villalba, maestro normalista que dedicó más de 45 años al servicio educativo en distintos rincones del país, principalmente en zonas rurales de Cundinamarca; narrar su trayectoria es, en cierto modo, rendir homenaje a una generación de educadores que, a pesar de las adversidades, entendió la enseñanza como una misión profundamente humana y trascendental. Su infancia en Cabrera, marcada por las difíciles condiciones económicas y la violencia política; su paso por las Escuelas Normales de San Bernardo e Icononzo; y su ejercicio profesional en municipios como Venecia, Cabrera, Fusagasugá, Pandi y Silvania, son reflejos de una vocación construida con esfuerzo, sensibilidad social y sentido ético.

Este trabajo se enriquece de narrativas, anécdotas, documentos oficiales y referencias contextuales que permiten comprender el impacto de su labor, desde la instrucción académica y desde su papel como formador de ciudadanos, mediador cultural y promotor de valores comunitarios. Inspirado por pensadores como Paulo Freire, Philippe Perrenoud y António Nóvoa, el maestro Molina encarna el pensamiento del educador como sujeto político, ético y pedagógico que redefine realidades desde lo cotidiano, en un territorio donde los relatos oficiales suelen invisibilizar a quienes sostienen la educación en condiciones precarias, esta historia pretende abrir un espacio de memoria, reconocimiento y reflexión. Reconstruir su vida, es también reconstruir parte de la historia educativa colombiana desde sus márgenes, la ruralidad, y desde la dignidad de quienes han hecho de la docencia un acto de resistencia y esperanza.

Un legado forjado entre la teoría y la realidad colombiana

El acto de enseñar trasciende la mera transmisión de contenidos para convertirse en una misión renovadora que moldea el desarrollo humano, social y cultural de una comunidad. Teóricos como Paulo Freire (1970) conciben al maestro como un educador liberador, un agente de cambio cuya pedagogía crítica debe vincular el aula con la realidad. Esta visión resuena con la de Philippe Perrenoud (2001), quien describe al docente como un profesional reflexivo, gestor de complejas situaciones didácticas y constructor de comunidad. Para Perrenoud, ser maestro exige competencias que van más allá del dominio disciplinar, abarcando la adaptabilidad, la innovación y una profunda responsabilidad ética. En esta misma perspectiva, António Nóvoa (1997) nos recuerda que la identidad docente es un constructo histórico y biográfico, un saber múltiple que emerge del cruce entre la vida personal, la práctica y el contexto. En América Latina, esta identidad se tiñe a menudo de resistencia y compromiso social, una lucha constante contra la desigualdad. La trayectoria de Luis Eduardo encarna estas teorías, convirtiendo su vida en testimonio de un maestro como pilar de la sociedad y faro de esperanza en los territorios más olvidados de Colombia.

El profesor Molina es producto de una época donde la educación era un privilegio inalcanzable para la mayoría. El acceso a las aulas estaba cercado por la pobreza endémica y una abismal brecha entre el campo y la ciudad. En las zonas rurales, las escuelas eran una rareza y los docentes capacitados, una utopía. Las familias campesinas, como los Molina Villalba de Cabrera (Cundinamarca), veían como sus hijos debían abandonar sus sueños académicos para sumarse a las labores del campo y asegurar el sustento familiar. A este panorama de exclusión se sumaba el eco sombrío de la violencia, el conflicto bipartidista que, tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948, desangró el tejido social, cerró escuelas y silenció a comunidades enteras bajo el yugo del miedo y el desplazamiento forzado. Fue en este adverso escenario donde germinó la vocación de un maestro destinado a desafiar las estadísticas y a dedicar su existencia a la causa de la educación, demostrando que incluso en los terrenos más áridos, la semilla del conocimiento puede florecer con resiliencia y una inquebrantable voluntad de cambio.

Ilustración 1: Municipio de Cabrera Cundinamarca, Colombia



Fuente: archivo personal profesor Molina año 1988

Su origen: la promesa de una madre en tiempos de adversidad

La historia del maestro Molina comienza con la determinación inquebrantable de una mujer: su madre, María Helena Villalba (q.e.p.d.), quien, aprendiendo a leer, escribir y desarrollar operaciones matemáticas de manera autodidacta, con una visión que trascendía las limitaciones de su entorno, se aferró a una idea revolucionaria para su época y contexto; sus hijos debían estudiar y formarse en una Escuela Normal. En un municipio como Cabrera, donde la educación formal apenas existía, esta aspiración era un acto de fe y rebeldía. Mientras su esposo, Evangelista Molina (q.e.p.d.), un hombre de tierras, veía en sus hijos la continuación de su legado agrícola, María Helena emprendió un recorrido por las escuelas y normales de Cundinamarca.

Ilustración 2: La señora Helena junto a su hijo Eduardo



Fuente: archivo personal profesor Familia Molina Acosta año 1977

Con una valentía admirable, tocaba las puertas de los rectores, pidiendo cupos y defendiendo el derecho de sus hijos a un futuro diferente. Su persistencia logró lo impensable: cuatro de sus diez hijos se convertirían en maestros. Fue ella, la administradora de un pequeño hotel familiar, la encargada de la venta de lácteos y porcinos, quien con su esfuerzo tejó la red económica que sostuvo los elevados costos de los internados, asegurando que a sus hijos no les faltara nada para cumplir el sueño que ella había sembrado en sus corazones.

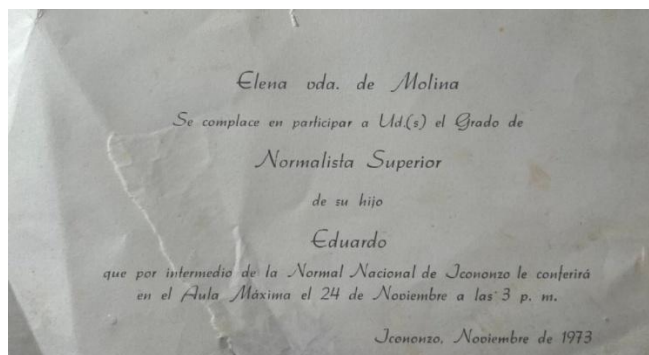
Fue en esta búsqueda incansable que María Helena encontró la Normal de San Bernardo Cundinamarca, un faro de esperanza cercano a su hogar. Tras un arduo viaje por carreteras destapadas, logró inscribir a Luis Eduardo Molina Villalba, su hijo menor, quien, en 1968, con el corazón lleno de expectativas y la maleta cargada de sueños, ingresaría a sexto de bachillerato. Este momento marcó el inicio de la trayectoria de un gran maestro, un viaje que no habría sido posible sin el sacrificio y la visión de su madre. La figura de María Helena se erige como la raíz de esta historia, una matriarca que, desafiando la lógica de su tiempo, respetó la voluntad de su esposo y construyó con sus propias manos un camino alternativo para sus hijos. Su más importante legado no está escrito en títulos de propiedad, sino en las innumerables vidas que sus hijos, formados como maestros, tocarían a lo largo de sus carreras, demostrando que la verdadera herencia es la que se siembra a través de la educación, el compromiso y el amor incondicional.

La forja del maestro: soledad y vocación en las Escuelas Normales

El ingreso a la Escuela Normal de San Bernardo representó para el joven Luis Eduardo, de tan solo catorce años y recién huérfano de padre, un cambio abrupto y definitorio. Nacido en los años cincuenta (1953) en Cabrera, Cundinamarca, en medio de una Colombia convulsionada por la violencia bipartidista, cuando él era apenas un bebé, su familia fue víctima del desplazamiento, ahora se enfrentaba a una nueva forma de desarraigo; la soledad del internado. Acostumbrado al calor de un hogar con diez hermanos y al cariño especial de su madre, quien lo consentía por ser el menor, tuvo que aprender a ser fuerte en la distancia. Su resistencia y compromiso se convirtieron en su armadura contra la nostalgia y las adversidades. Los días transcurrían entre la rigurosidad de los estudios pedagógicos y la camaradería de las tardes deportivas; eran los domingos su verdadero bálsamo. La llegada de su madre, quien viajaba desde la lejanía de Cabrera para visitarlo, se convertía en el evento más esperado, un recordatorio tangible del amor y el sacrificio que impulsaban su formación. En esa escuela, donde cursó hasta noveno grado, se cimentaron las bases de su carácter y su vocación docente, aprendiendo que ser maestro era también un ejercicio de perseverancia y fortaleza emocional.

Gracias a la complicidad fraternal de sus hermanas Blanca Flor (q.e.p.d.) y Paulina, quienes ya ejercían como maestras, Luis Eduardo consiguió un cupo para culminar sus estudios en la prestigiosa Escuela Normal Nacional Mixta de Icononzo, en el departamento del Tolima. Allí, su juventud floreció en medio de una exigencia académica que terminaría de pulir su perfil profesional. Él mismo recuerda como las prácticas educativas eran supervisadas con un rigor implacable, demandando resultados de alta calidad que lo formaron como un transmisor de contenidos y un pedagogo integral. El 24 de noviembre de 1973, en un día memorable e inolvidable, recibió su título de Maestro. A su lado, como siempre, estaba su máxima inspiración; su madre, María Helena, susurrándole al corazón “hijo, lo lograste”, y sus hermanas, Paulina y Blanca Flor, testigos y artífices de su éxito escuchaban con atención y admiración. Para la familia Molina Villalba, la graduación del hijo menor como maestro era la culminación de un sueño colectivo, uno de los más altos logros en una época donde el saber era la más valiosa de las conquistas.

Ilustración 3: tarjeta de participación grado de Maestro



Fuente: archivo personal del maestro Luis Eduardo Molina



Fuente: archivo personal del maestro Molina

Las primeras huellas: polvo, mulas y pedagogía en la Colombia rural

Una vez graduado, el joven maestro Luis Eduardo regresó a su pueblo, Cabrera, y tras un breve paso por la alcaldía municipal, su identidad con la pedagogía lo llamó a las aulas. En aquel entonces, los docentes normalistas eran escasos y valiosos. Un telegrama del Ministerio de Educación Nacional -MEN- lo convocó a la capital; el Decreto 01583 del 14 de abril de 1975 oficializó su nombramiento en la escuela rural de la vereda Santa Marta. Con tan solo veintitrés años, se enfrentó a su primera gran prueba; una escuela unitaria, allí debía atender multigrados en un mismo salón. Armado con su sólida formación pedagógica y un entusiasmo contagioso, logró hazañas que aún resuenan en la memoria de la comunidad: sus estudiantes de primero aprendieron a leer textos largos y a dominar las operaciones matemáticas básicas. Su método, que entrelazaba la disciplina con los valores y un profundo respeto por la familia, le ganó el aprecio y la confianza de los padres. Durante los cuatro años que dedicó a esta escuela, su compromiso dejó una huella imborrable, culminando en una despedida multitudinaria (1978) que reflejaba el inmenso cariño que había sembrado.

El magisterio rural en la Colombia de los setenta era una aventura diaria, un desafío constante a la geografía y a la precariedad. Para llegar a la escuela de Santa Marta, el profesor Molina recorría a diario, durante una hora, caminos de herradura, a veces a pie, otras a lomo de mula. Una anécdota, que relata con una mezcla de humor y sobrecogimiento, ilustra la fragilidad de aquella existencia. Una noche, regresando tarde de un bingo organizado con la comunidad, la oscuridad total lo envolvió en el camino. De repente, sintió cómo su mula daba un paso en falso y se precipitaba al vacío. Instintivamente, se quedó quieto, sentado sobre el animal, suspendido en la oscuridad sin saber qué hacer. Milagrosamente, la mula encontró apoyo y logró trepar de nuevo a la carretera. Al día siguiente, al recorrer el mismo trayecto a la luz del sol,

descubrió con espanto que el único pedazo de tierra firme en medio del abismo era exactamente donde la mula había quedado. En ese momento, elevó una oración al cielo, agradecido por una vida que, como su vocación, parecía destinada a superar los precipicios más insondables.

Ilustración 5: formación en la escuela de Santa Marta



Fuente: archivo familiar Molina Acosta

El Maestro estudiante: entre tizas, hijos y sueños universitarios

Tras su paso por Venecia Cundinamarca y un regreso a la escuela rural de Santa Rita en Cabrera, donde consolidó su reputación como un formador integral, su dinamismo y capacidad pedagógica no pasaron desapercibidos. El director de núcleo solicitó su traslado al casco urbano para fortalecer los grados de quinto de primaria. En 1986, inició este nuevo reto en la escuela Panamericana, donde los estudiantes lo recibieron con una sonrisa que lo motivó a dar lo mejor de sí. Adecuó y decoró su salón, creando un ambiente de aprendizaje acogedor, este entorno urbano le permitió interactuar con más colegas, entre ellas sus hermanas Paulina y Blanca Flor, fue en una de esas tardes, al culminar la jornada laboral, que ellas le plantearon la nueva meta de estudiar la Licenciatura en Básica Primaria a distancia en la Pontificia Universidad Javeriana. El profesor Molina lo dudó. Los costos eran altos, las distancias a Bogotá largas, y para entonces ya estaba casado con Graciela Acosta de Molina y tenía cuatro hijos. Su vida transcurría en una finca, entre las labores del campo y la escuela, un compromiso inevitable y delicado.

Ilustración 6: el maestro Luis Eduardo, desarrollando una actividad ludo pedagógica con estudiantes - elaboración de búho en corteza de árbol de plátano-



Fuente: archivo personal del maestro Molina Villalba

Ese día, al llegar a casa, compartió la idea con su esposa, Graciela, quien sin dudarle un instante lo apoyó incondicionalmente. Así comenzó un nuevo desafío monumental. Cada semestre, la universidad enviaba una montaña de módulos que los hermanos Molina Villalba estudiaban con avidez. Cada mes, debían viajar a la capital para presentar los exámenes que decidían su continuidad. El profesor Molina confiesa que, en varias ocasiones, pensó en desistir, abrumado por el peso del trabajo, la paternidad, la economía y las distancias. Sin embargo, el apoyo constante de su familia fue el motor que lo impulsó a seguir luchando. Durante seis largos años, su capacidad de análisis crítico, su elocuente oralidad y una vieja máquina de escribir se convirtieron en sus mejores aliados. Finalmente, el 24 de septiembre de 1993, en una ceremonia solemne en la Universidad Javeriana, recibió, junto a sus inseparables hermanas, el título de Licenciado en Educación Básica Primaria con los máximos honores. El logro era de todos; sus hijos y su esposa celebraban el título y la promesa de tener a papá más tiempo en casa.

Ilustración 7: grado de Licenciado en la Pontificia Universidad Javeriana



Fuente: archivo personal de maestro Luis Eduardo

Resiliencia y compromiso: el exilio forzado y la reafirmación del magisterio

La década de los 90 trajo consigo el recrudecimiento de la violencia en la región del Sumapaz, y Cabrera no fue la excepción. La familia del profesor Molina, que había construido su vida y su historia en esa tierra, fue alcanzada directamente por la triste realidad del conflicto armado. Esta situación los obligó a tomar la dolorosa decisión de desplazarse, dejando atrás su tierra y las raíces de su historia para buscar refugio en la ciudad de Fusagasugá. Comisionado por el MEN, el profesor Molina tuvo que continuar su labor docente en la escuela rural La Puerta del mismo municipio, demostrando una resiliencia impresionante ante la adversidad. Su fortaleza, anclada en el apoyo incondicional de su familia, le permitió aceptar su nueva realidad con valentía. El cambio de un pueblo a una ciudad, con una familia numerosa y los gastos en aumento, no fue fácil, pero él siguió adelante, encarnando el espíritu del maestro que, a pesar de sus propias heridas, nunca abandonó su misión. Esta experiencia de exilio forzado no hizo más que profundizar su compromiso con la educación como mecanismo de paz y reconstrucción social.

Su trayectoria continuó, llevándolo a la Escuela Urbana Comuneros en Fusagasugá, un contexto marcado por la pobreza, lo que forjó aún más su amor por la profesión, convirtiéndose en un aliciente de esperanza para sus estudiantes. Más tarde, en 1994, fue trasladado a la Escuela Rural Alianza para el Progreso en el municipio de Pandí, donde viviría una de las etapas más plenas de su magisterio durante casi trece años. Allí, trabajando con todos los grados de primaria, su pasión por la enseñanza alcanzó su máxima expresión. Sus clases de sociales eran legendarias; narraba las batallas de

independencia con tal fervor que los niños se sentían transportados a la época, escuchando con una concentración absoluta. Al concluir el relato de la gesta libertadora con un vibrante “¡esa es nuestra historia!”, sus estudiantes se ponían de pie y lo aplaudían, un reconocimiento espontáneo que, según sus propias palabras, lo hacía sentir inmensamente feliz y orgulloso de ser Maestro. Ese aplauso era la prueba de que su labor trascendía el currículo para sembrar identidad, orgullo y amor por la historia en el corazón de las nuevas generaciones.

Ilustración 8: Escuela Alianza para el Progreso - Pandi Cundinamarca



Fuente: Archivo Personal familia Molina Acosta

El Legado vivo: un maestro que nunca dejó de aprender y de inspirar

El profesor Molina entendió que ser maestro es un viaje de aprendizaje constante. Ante el avance de la tecnología y la exigencia de una segunda lengua, no se quedó atrás. Con el temor inicial del neófito, se capacitó en sistemas, aprendió a manejar un computador y trasladó ese conocimiento a sus estudiantes. De manera autodidacta y apoyándose en textos, aprendió los fundamentos del inglés para compartirlos en el aula, demostrando que su capacidad para desaprender y reaprender era una de sus mayores fortalezas. Su vida fuera del aula era igualmente dinámica, un equilibrio entre la mente y el cuerpo. Apasionado por el baloncesto, el ciclismo y el trote, inculcaba a sus estudiantes la importancia del deporte. Sus tardes libres a menudo las dedicaba al ajedrez, en partidas intensas que eran un ejercicio de estrategia y paciencia. Esta visión holística de la vida se reflejaba en su pedagogía; formaba mentes críticas, cuerpos sanos y espíritus resilientes. Su curiosidad intelectual lo llevó, junto a sus hermanas, a cursar una Especialización en Educación Ambiental y Desarrollo de la Comunidad en la Universidad de Cundinamarca, titulándose en 1999 y consolidando aún más su perfil como un educador integral.

Ilustración 9: grado de especialista, celebrando con sus dos hermanas Blanca Flor, Paulina y su madre Helena Villalba.



Foto: archivo personal Maestro Luis Eduardo

En 2005, buscando estar más cerca de sus seis hijos —Eduardo, Rolando, Angela Elena, Sergio Nicolas, Johans Sebastian y Chiara Natalia— para apoyar sus estudios superiores, solicitó un traslado al municipio de Silvania. Allí, en la vereda Subia Oriental, revivió su primera experiencia rural, encontrándose con estudiantes campesinos, amorosos y respetuosos. El 15 de marzo de 2021, tras 45 años, 2 meses y 2 días de servicio ininterrumpido, su proceso de pensión se hizo efectivo. Su legado, sin embargo, está lejos de terminar. Permanece en cada uno de los cientos de estudiantes cuya vida tocó, en las comunidades que ayudó a fortalecer y, de manera muy especial, en su propia familia; tres de sus seis hijos, inspirados por su ejemplo, son hoy docentes. Actualmente, reside en Fusagasugá Colombia, junto a su esposa Graciela, y recuerda con orgullo cada momento de su trayectoria. Luis Eduardo Molina Villalba, compartió contenidos; valores, en el sentido más puro que al decir de Freire, Perrenoud y Nóvoa, es un agente transformador, un artesano de futuros y un faro de dignidad en el magisterio colombiano.

Ilustración 10: Graciela Acosta y Eduardo Molina año 1974. Ilustración 11: Familia Molina Acosta- año 2024.



Fuente: Archivo familia Molina Acosta

Reflexiones finales

La historia nos confronta con una verdad incómoda: para generaciones enteras, la educación no fue un derecho servido por el estado, sino una conquista personal y familiar librada contra la geografía, la economía y la violencia. El esfuerzo de los jóvenes y sus familias no solo buscaba un título, sino la dignidad misma, la posibilidad de escribir un destino diferente al impuesto por el abandono. Esta lucha forjó un tipo de profesional con un profundo sentido del valor del conocimiento y una resiliencia que hoy, en un contexto de acceso más amplio (aunque aún desigual), corremos el riesgo de dar por sentada. La reflexión no es sobre la carencia, sino sobre el carácter que se forja en la superación de esa carencia.

En un territorio donde el estado falla, la labor de un maestro como Molina se convierte en un acto de resistencia radical. Su pedagogía, apasionada y comprometida, trasciende el currículo para convertirse en una fuerza que sutura el tejido social desgarrado por la violencia y el olvido. Cada clase de historia que inspira orgullo, cada estudiante que aprende a leer, es una victoria contra el silencio y la desesperanza. El maestro entregado no es un simple funcionario; es un constructor de estado desde la periferia, un agente político que, a través de la formación de ciudadanos críticos y resilientes, redefine la realidad y siembra futuro donde solo parecía haber un presente efímero.

El artículo nos obliga a reflexionar sobre el papel de las escuelas normales no solo como centros de formación pedagógica, sino como forjas de una identidad y un ethos docente. Más que técnicas de enseñanza, lo que se construía en sus aulas era una mística del servicio, un compromiso casi misional con la educación rural. La normal era el espacio donde se internalizaba la idea del maestro como pilar de la comunidad. Esta reflexión nos lleva a preguntarnos qué se ha perdido y qué se ha ganado en la transición hacia modelos de formación docente más universitarios y quizás, menos anclados en esta mística del territorio y la comunidad.

El relato desmantela el mito del "hombre hecho a sí mismo". El éxito de Luis Eduardo es incomprensible sin la figura de su madre y el apoyo de su familia. Esto revela que, en contextos de vulnerabilidad, la familia opera como la principal institución de resiliencia y movilidad social, asumiendo las responsabilidades que el estado elude. La visión de la madre, María Helena, es un acto de rebeldía contra un destino predeterminado. La familia no es solo un refugio emocional, sino una unidad de producción económica y de estrategia de futuro. Su historia demuestra que los logros individuales en la periferia son, casi siempre, la culminación de un proyecto colectivo.

Finalmente, la figura del maestro Molina se erige como la personificación de las teorías pedagógicas de Freire, Perrenoud y Nóvoa. No es un actor que aplica un libreto, sino la evidencia viva de que es posible ser un "intelectual transformador". Su capacidad para adaptarse (aprendiendo sistemas e inglés de forma autodidacta), para integrar el cuerpo y la mente (a través del deporte y el ajedrez) y para convertir su propia vida y sus heridas (como el exilio forzado) en una lección de resiliencia, lo convierte en un paradigma. Su legado no reside en los títulos obtenidos, sino en la demostración palpable de que la esencia del magisterio es un viaje de aprendizaje constante y un

profundo acto de amor y esperanza. Es un faro que no solo ilumina, sino que enseña a otros a encender su propia luz.

El artículo "Tras las huellas del saber" es, en esencia, un vibrante acto de gratitud, reconocimiento y admiración. Al ser escrito por dos de sus hijos, el texto no se convierte en la culminación de un legado, sino en una poderosa manifestación de su vigencia. Demuestra que la semilla que el maestro Molina sembró ha florecido en tiempo real, no solo en las aulas rurales que tocó, sino de manera palpable en el corazón y la profesión de su propia familia.

Referencias bibliográficas

Bonilla, E. & Rodríguez, P. (2005). Más allá del dilema de los métodos: La investigación en ciencias sociales. Norma.

Correa, H. (2013). Educación rural en Colombia: Desafíos y perspectivas. Revista Educación y Desarrollo Social, 7(2), 45-58.

Freire, P. (2005). Pedagogía del oprimido (30ª ed.). Siglo XXI Editores.

Fernández, J. A. (2016). La docencia como acto político en territorios vulnerables. Revista Latinoamericana de Educación Inclusiva, 10(1), 103-120.

Nóvoa, A. (2009). Profissão Professor. Porto Editora.

Perrenoud, P. (2004). Diez nuevas competencias para enseñar: Invitación al viaje. Graó.

Rincón, C. (2012). Historias de vida de maestros rurales: Una mirada desde la pedagogía crítica. Revista Colombiana de Educación, (62), 99-118.

UNESCO. (2018). Educación en zonas rurales: Una prioridad para el desarrollo sostenible. Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe (OREALC/UNESCO Santiago).

Biodata

Angela Elena Molina Acosta: Doctoranda en Ciencias de la Educación, Universidad de Cuauhtémoc México, Magister en Gerencia del talento humano, universidad Rafael Belloso Chacín Venezuela, Administradora de empresas, Universidad de Cundinamarca. Asistente editora revista Entretextos Universidad de La Guajira, Colombia.

Sergio Nicolas Molina Acosta: Sociólogo, Universidad del Tolima, Colombia, Comunicador social Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD.